

Las confesiones de Nat Turner y la penitencia de William Styron

Carme Manuel
(Universitat de València)
A Enrique García,
in memoriam

If we must die—oh, let us nobly die,
So that our precious blood may not be shed
In vain; then even the monsters we defy
Shall be constrained to honor us though dead!

Claude McKay, *If We Must Die*, 1922

The Confessions of Nat Turner, la novela de William Styron aparecida el 9 de octubre de 1967 (traducida al castellano por Andrés Bosch y editada en Lumen, 1968), es posiblemente la obra de ficción que más polémica desató en el panorama literario y cultural norteamericano de toda la segunda mitad del siglo XX, sólo comparable con lo que había ocurrido con la publicación hacía más de cien años de *Uncle Tom's Cabin* de Harriet Beecher Stowe. La obra hizo que se formularan preguntas importantes sobre el significado de la historia, la esclavitud y el racismo, la tradición literaria y la naturaleza de la cultura y el carácter norteamericanos, sobre el activismo político del momento, la lucha por la igualdad racial, etc. El enardecido debate que se inició implicó a lectores en general, además de a periodistas, artistas, activistas políticos, críticos literarios y académicos, blancos y afroamericanos, tanto del campo de la historia, como del de las ciencias sociales y la literatura. Sacó a la luz, además, la amplia y, en algunas ocasiones, sorprendente diversidad de opiniones existente no sólo entre los estudiosos afroamericanos y los defensores del liberalismo blanco, sino también en el mismo seno de ambos grupos. La aparición del libro se vio seguida de una auténtica avalancha de recensiones, artículos de opinión y ensayos críticos, de tal manera que resulta difícil no encontrar ecos de lo que se ha llamado “la controversia sobre Nat Turner” en las publicaciones que versan sobre la ficción norteamericana de finales de los 60 y principios de los 70. William Styron se erigía así con *The Confessions of Nat Turner* en

detonador de un debate cuyo conocimiento es imprescindible para los historiadores y críticos literarios interesados en la cuestión racial, en la memoria, en la reescritura del pasado y de la historia durante la era de los derechos civiles y del Black Power.

En el momento de la salida a escena de la novela Styron era ya un autor reconocido por la crítica. Algunos especialistas habían analizado sus obras anteriores —*Lie Down in Darkness*, *Set This House on Fire*, *The Long March*— desde diversos ángulos, pero para la mayoría de ellos estos textos lo apuntalaban claramente dentro la tradición literaria sureña. El que se le denominara escritor *sureño* y sucesor de Faulkner no sólo significaba que pertenecía por nacimiento a una región determinada, sino que indicaba la manera especial con que el escritor hubo de afrontar a las cuestiones históricas de su región, puesto que su literatura ilustraba de una manera patente el drama existente entre los mundos internos y el conflicto de valores dentro de una sociedad en transición. Antes de 1967 Styron había ya intentado profundizar en lo que Katherine Anne Porter había denominado “el sentimiento trágico que se siente hacia el Sur”. Sin embargo, sería la nueva obra la que lo anclaría definitivamente dentro esa tradición. *The Confessions of Nat Turner* es, en esencia, el intento de un escritor sureño blanco por enfrentarse a la historia del Sur. Como él mismo declaró en 1965, en su ensayo “This Quiet Dust”, su búsqueda literaria de Nat Turner —su intento como novelista de recrear y revitalizar aquel prodigioso personaje—representaba un esfuerzo por destruir las ancestrales leyes de la segregación y cumplir con lo que él consideraba el imperativo moral de todo sureño blanco: “conocer al negro”. Styron retomaba así uno de los temas cardinales dentro de los anales literarios de la región: la presencia del afroamericano y las consecuencias de esa presencia para la sociedad blanca.

The Confessions of Nat Turner se inspira en los incidentes protagonizados por el esclavo homónimo. Nat Turner (1800-1831) nació en la plantación de Benjamin Turner en el condado de Southampton de Virginia y fue el esclavo negro que lideró la revuelta de negros más violenta e importante del Sur de preguerra y de la historia norteamericana. Por desempeñar ese papel de cabecilla fue condenado a la horca. Turner o “Ol’ Prophet Nat”, como aparece en la historia oral afroamericana, es la figura que más destaca entre un trío de insurreccionistas del siglo XIX. Gabriel Prosser, que protagonizó una revuelta en Richmond en 1800; Denmark Vesey, que intentó rebelarse en Charleston, Carolina del Sur, en 1822; y el mismo Turner, que lo haría en 1831. Famosos en el folklore y en la historia oral de los afroamericanos, estos hombres encarnaron el deseo de los esclavos de ser libres. Nat fue hijo de una esclava negra llegada de África que le inculcó desde la infancia las ansias de libertad y de la que se contaba que estuvo a punto de matar a su vástago en el momento del nacimiento, para evitarle una vida de esclavitud. Turner aprendió a leer pronto y desde un principio demostró unos fuertes sentimientos religiosos que le llevaron a convertirse en predicador entre los esclavos y a creerse instrumento de Dios para vengar y liberar a los esclavos sureños a través de la rebelión armada, que llegaría a considerar guerra santa contra la maldad del sistema esclavista. A los 21 años, tras percatarse de que nunca sería emancipado, Turner empezó

a pensar que Dios se le estaba dirigiendo de la misma manera que había hablado al profeta bíblico Ezequiel. En 1822, a la muerte de Elizabeth Turner, su propietaria viuda, él, su esposa y los siete hijos de ambos —comunes eran tres— fueron subastados. Nat llegó a alcanzar los cuatrocientos dólares y fue vendido a Thomas Moore. Cuando éste murió en 1828, el esclavo pasó a ser propiedad del hijo de nueve años de la viuda, hasta que ésta se casó con un artesano de Southampton llamado Joseph Travis. En 1829 en Richmond, Virginia, se reunió una convención para redactar una nueva constitución estatal, en la que se hizo patente la voluntad de ignorar cualquier intento de emancipar a los esclavos. Entre los argumentos esgrimidos figura la reacción que el texto del abolicionista negro nortño David Walker (1785-1830) estaba desencadenando entre la población de color. Aparecido también en ese año de 1829, *Appeal in Four Articles; Together with a Preamble, to the Coloured Citizens of the World, but in Particular and Very Expressly, to Those of the United States of America* exigía la emancipación inmediata. Al intentar demostrar que tanto la historia sagrada como la estadounidense justificaban la oposición y resistencia al gobierno tiránico, Walker intentaba aunar en un mismo nivel los intereses religiosos y sociales de los afroamericanos. Su llamada a la resistencia violenta contra la esclavitud alarmó hasta tal punto a las autoridades sureñas que pronto tomaron medidas drásticas para hacer desaparecer el texto de circulación e incluso pusieron precio a la cabeza de su autor. Walker murió en 1830 y la causa de su muerte está rodeada de misterio, ya que se sospecha que pudo haber sido envenenado. En agosto de 1831 —catorce meses después de la última edición del texto que le señaló como enemigo número uno del Sur y habiendo fallecido ya— se produjo la revuelta de Nat Turner. Después de un eclipse de sol, que Turner interpretó como una señal de Dios, la noche del 21 de agosto de 1831, él y cuatro esclavos más iniciaron la que iba a ser la rebelión más sangrienta que conocería el Sur esclavista. Comenzaron matando a la familia de los Travis y para cuando la milicia, dos días después, puso fin al alzamiento, los insurrectos habían sacrificado a casi 60 personas blancas, entre hombres, mujeres y niños. Turner fue capturado seis semanas después, el 30 de octubre, y tras ser juzgado fue ejecutado en la horca el 11 de noviembre, al igual que lo serían 16 implicados más. Algunos llegaron a pensar que el detonante de la acción de Turner había sido el *Appeal* de Walker. En consecuencia, en Virginia, al suponerse que el texto de Walker podría ser utilizado por los ministros negros, se vetó que éstos lo predicasen a su propia gente, se prohibió la educación de los negros y se amenazó con fuertes represalias a quien pusiese en circulación cualquier tipo de publicación levantisca, en un desesperado intento de evitar nuevos alzamientos de esclavos.

Como cabía esperar son innumerables los articulistas y estudios que han juzgado la novela desde diversos puntos de vista, pero tal vez sea la opinión de David Galloway, reputado crítico y novelista, una de las que más sucintamente y mejor resume lo que significa literariamente *The Confessions of Nat Turner*. En el prefacio de 1970 de la edición revisada de su *The Absurd Hero in American Fiction: Updike, Styron, Bellow, Salinger* (1966), Galloway relaciona la novela de Styron con *Couples* de John Updike, y manifiesta que se trata de un texto interesante, si bien con fallos más que obvios. Como

subraya el crítico, tanto en su forma narrativa, como en la estructura y en el simbolismo, *The Confessions of Nat Turner* es una novela tradicional, con un argumento denso y con una gran profusión de personajes que giran en torno a uno principal. A su juicio, como la de Updike, la de Styron fracasa debido al excesivo peso de un simbolismo que hace que se generen más preguntas sobre el héroe de las que el autor es capaz de responder. Ambas son estudios sugerentes de los mecanismos insidiosos con los que la sociedad crea a sus propias víctimas y les exige que manifiesten públicamente sus sufrimientos para, con posterioridad, a través del sacrificio ritual de éstas, poder redimirse ella misma. Galloway reconoce que, a pesar de que la recreación imaginativa de la voz del esclavo sobre la que la novela de Styron se fundamenta logra impresionar, el barroquismo del estilo y lenguaje narrativos que el escritor utiliza acaba traicionándole en última instancia, al estar salpicado de elementos que suenan a falso, a mero artificio hueco. Esto es así, además, porque el recurso del uso de un narrador en primera persona no parece acertado. En ocasiones Nat Turner cuenta demasiadas cosas en un lenguaje demasiado sutil, demasiado pulcro y literario; en otras apenas dice nada, como si hubiera partes de su existencia, de sus experiencias, en las que Styron no se viese capaz de penetrar. Incluso hay momentos en los que la voz narradora se reviste de un cierto aire periodístico que no es ni el de Styron ni el de Turner, un estilo totalmente inapropiado para dar voz a un esclavo negro que ha aprendido a escribir principalmente a través de la lectura de la Biblia. Según Galloway, es quizás verdad que el narrador novelístico debe ser más despierto y expresarse con más corrección que el personaje real al que representa, pero el lector, que espera cuanto menos una cierta ilusión de realismo, a menudo tropieza con una imitación demasiado apegada de una prosa exuberantemente romántica. Así, por ejemplo, que Nat, mirando desde la ventana de la cárcel, describa un orinal humeante como “crisol” exige, según la certera mirada de Galloway, una “suspension of disbelief” mayor de lo que la imagen misma se merece.

Por último, Galloway alude a las propias palabras de Styron en el prefacio a la obra, que describen su novela como “una meditación sobre la historia” con el propósito de que se entienda desde el punto de vista de la experimentación literaria del momento y no desde sus posibles contribuciones al debate racial de finales de los 60. Pero para el crítico, después de recordar la ficción que cuestiona la división entre la “verdad” la “imaginación” (John Barth, Truman Capote, Norman Mailer) y la fuente real de inspiración de Styron —las confesiones del propio Turner a Thomas R. Gray— con las de Melville para componer su *Benito Cereno*, llega a la conclusión de que *Confessions* es como mucho una habilidosa, si bien forzada “imitación de la historia”. Para Galloway, a pesar de que es una obra importante por las cuestiones tan vitales que plantea respecto a la forma y función de la novela, el significado final de lo que le ocurre a Nat Turner en la ficción parece escapársele a Styron.

La condena de Galloway desde el punto de vista literario parece relegar *The Confessions of Nat Turner* de las listas de obras norteamericanas de lectura imprescindible. Sin embargo, el papel que la novela desempeñó en la extraordinaria

polémica que generó y que, de alguna manera, el texto mismo pedía a gritos, la clasifican como una obra fundamental dentro del panorama cultural en el momento de su publicación. De ahí que *The Confessions of Nat Turner*, a punto de cumplirse los cuarenta años de su aparición, se haya convertido en referencia ineludible para aquellos interesados en ver cómo la literatura norteamericana refleja, una vez más, la crisis social, política, cultural y racial por la que atraviesa el país en un momento determinado de su historia. La novela de Styron es, de hecho, únicamente la punta de un iceberg tan asombrosamente colosal que llega a fascinar. Si la obra merece una relectura, más aún la merecen los incontables textos que su lectura incitó a escribir, porque en realidad es en ellos donde se aprecia, con más detalle y nitidez que en esta novela, el acontecer de la “guerra cultural, política y racial” de la Norteamérica de finales de los 60.

Hay que señalar que Styron no fue el primero ni el único en encontrar inspiración en la figura del esclavo rebelde para su literatura. Con *The Confessions of Nat Turner* Styron pasaba a pertenecer a una larga lista de novelistas, historiadores, políticos, periodistas e interesados en general que empezando precisamente en 1831, el momento de la muerte del rebelde, habían reinventado la figura histórica de Nat Turner. Con el paso del tiempo, la imagen de Turner se fue convirtiendo en un icono cultural norteamericano a la vez que iba sufriendo distintas transformaciones, de manera que fue pasando de héroe a villano, de la admiración al desprecio según el momento histórico. En 1952, Herbert Aptheker, historiador blanco marxista y uno de los máximos especialistas en la historia esclavista, había ya sentenciado que desenterrar la historia de las rebeliones de los esclavos negros resultaba una tarea particularmente ardua a causa de la exageración, tergiversación y censura a que había estado y seguía estando sometido el tema. La imagen del esclavo rebelde en el pensamiento y conciencia norteamericanos había resultado una constante desde los tiempos de la Revolución Americana. Las jeremiadas de Thomas Jefferson, David Walker y William Lloyd Garrison, de alguna manera predecían la llegada de lo que el crítico Scot French denomina “el Espartaco negro”, puesto que prevenían sobre la eventualidad de una confrontación apocalíptica si los norteamericanos no erradicaban de su territorio la perversión de la esclavitud. La rebelión de Nat Turner fue, en cierta medida, una primera epifanía, a la que seguirían el alzamiento de John Brown y, claro está, la Guerra Civil. Y, como ocurre con cualquier personaje o evento decisivo en la marcha de la historia, la revuelta del esclavo virginiano desencadenó desde el principio páginas y páginas de palabras en un intento por interpretar su acción. Durante la década de 1830 la fijación y aceptación de una verdad definitiva sobre los propósitos de Turner y las consecuencias de su acto estuvieron directamente relacionados con la urgencia que impulsaba a las autoridades a tranquilizar los ánimos de la población blanca y restaurar el antiguo orden en la región y, por extensión, en el país entero. Además de las declaraciones de observadores de primera línea del acontecimiento —el director de un periódico de Richmond, las de Beck, una esclava del condado, las de John Floyd, el gobernador de Virginia—, entre los textos más tempranos que trataron el incidente destaca el que William Styron utilizó como fuente principal de inspiración: *The Confessions of Nat Turner* publicadas por Thomas

R. Gray en noviembre de 1831. (Otro fundamental sería el estudio del virginiano proesclavista William S. Drewry, *The Southampton Insurreccion*, 1900.) El panfleto de Gray llevó al abolicionista William Lloyd Garrison, enemigo de los métodos violentos, a predecir que aquellas palabras incitarían a otros cabecillas negros a la insurrección. Sin embargo, no hubo más alzamientos, si bien Frederick Douglass, al igual que Henry Highland Garnet, a menudo se refería en sus escritos y discursos a la figura de Turner como símbolo del espíritu de indómita rebeldía que escondía el alma negra, y algunos abolicionistas blancos, tales como John Brown y Thomas Wentworth Higginson —acérrimos admiradores del rebelde y unidos en conspiración para atacar el arsenal federal de Harpers Ferry en Virginia— consideraron que la revuelta de Turner constituía un ejemplo incuestionable de que los negros tenían la valentía necesaria para llevar a cabo la rebelión. Higginson, por su parte, publicaría en agosto de 1861, en *Atlantic Monthly* un ensayo titulado “Nat Turner’s Insurrection”, a partir del estudio de primeras fuentes, que formaba parte de una serie dedicada a distintos alzamientos de esclavos.

Los novelistas que participaron en la crisis política que embargó la nación durante la década de 1850 y después de la Guerra Civil también se hicieron eco de la rebelión de Turner y la utilizaron como fondo histórico de algunas de sus obras. La primera versión en aparecer fue la de C. P. R. James, *The Old Dominion; or, The Southampton Massacre* (1856). Ese mismo año Harriet Beecher Stowe publicó *Dred: A Tale of the Great Dismal Swamp* (1856). Esta novela popularizó la imagen que Thomas R. Gray había compuesto de Turner como profeta apocalíptico que había logrado convencer a los esclavos de su condado. Al mismo tiempo que estos escritores blancos y comprometidos con las ideas antiesclavistas recreaban literariamente la figura del cabecilla, la rebelión y las terribles consecuencias que su fracaso deparó para la población esclava sureña fueron apareciendo en las narraciones de exesclavos, en especial, en las de Charity Bower, Henry Box Brown y Harriet A. Jacobs. Así, por ejemplo, Jacobs, en *Incidents in the Life of a Slave Girl* (1861), en el capítulo XI, manifiesta lo siguiente: “Por la misma época estalló la insurrección de Nat Turner y la noticia produjo una gran conmoción en nuestra ciudad. ¡Qué extraño que los sureños se alarmasen tanto, cuando tenían a todos sus esclavos tan ‘felices y contentos’! Sin embargo, así sucedió”. Durante la Guerra Civil dos de los textos más leídos sobre la revuelta fueron los escritos por Orville J. Victor y Metta V. Victor, una pareja dedicada a la literatura popular y de divulgación histórica y biográfica. El primero fue autor de una colección de ensayos, *History of American Conspiracies* (1863), que incluía un capítulo titulado “Nat Turner’s Slave Insurrection”, mientras que Metta V. Victor fue autora de una novela romántica, *Maum Guinea and Her Plantation Children* (1861), en la que se describía en dieciséis páginas la conspiración de Southampton y que fue un auténtico best-seller del momento, leído incluso por el presidente Lincoln. En 1881 se publicó la novela *Homoselle* de Mary Spear Tiernan y en 1899 *Their Shadows Before* de Pauline Bouvé.

En el siglo XX el esclavo rebelde que primero cautivaría la imaginación de un autor negro no sería curiosamente Nat Turner, sino, Gabriel Prosser. En 1936, en plena

Depresión, Arna Bontemps publicó *Black Thunder*, una valiosa novela histórica sobre la abortada rebelión de 1800 de este esclavo, que pasó sin pena ni gloria, y que, gracias a la controversia sobre Turner, se reeditaría en 1968. Según Bernard W. Bell, la manipulación a la que Bontemps somete los hechos de la rebelión de Prosser va encaminada a dar cuenta de los problemas de opresión racial y de clase que siempre han acompañado al individuo a la hora de conseguir la libertad e igualdad social. Bell subraya que, contrariamente a la obra de Styron, el tratamiento novelístico que Bontemps imprime a esta importante figura histórica no viola lo que el lector entiende como integridad humana ni lo que sabe sobre las complejas relaciones interpersonales que se desprenden del racismo norteamericano. Bontemps, lejos de confiar totalmente en la historiografía e investigación periodística blancas, que en general interpretaban las revueltas de esclavos y a sus líderes desde la perspectiva de criminales, ofrece una versión literaria ajustada a la leyenda afroamericana. En 1967, treinta y un años después de la obra de Bontemps y dentro de un clima social muy diferente, aparecieron dos novelas que retoman la figura de Turner: *Ol' Prophet Nat* de Daniel Panger y la de Styron. Si bien ambas se alejaban del problema de la esclavitud y se concentraban en la psicología de Turner, era la de Styron la que contenía una profundidad psicológica y filosófica que sobrepasaba la cualquier otra obra anterior basada en el rebelde negro. Por añadidura, *The Confessions of Nat Turner* fue, de todas las recreaciones literarias existentes, la única que levantó una auténtica polvareda sobre la verdadera dimensión histórica de Turner, sobre la historia de los negros en Estados Unidos y sobre el auténtico carácter del esclavo sureño.

El historiador Michael Kammen, en *Mystic Chords of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture*, parte del presupuesto de que recuperamos y organizamos nuestros recuerdos para satisfacer nuestras propias necesidades psíquicas. Los motivos que ayudan a comprender la polémica generada en torno al volumen de Styron hay que buscarlos no sólo en las propias urgencias psíquicas del autor, sino en las de los Estados Unidos de 1967. En aquel momento, la nación, el Sur y los afroamericanos se encontraban en mitad de una revolución social. La comunidad negra exigía, como quizás nunca antes, no sólo una historia, sino la reescritura de la historia oficial como parte imprescindible de su búsqueda de una identidad. En esa nueva narrativa aquellos que en el pasado habían destacado por sus acciones heroicas en la reivindicación de la igualdad y libertad ocuparían un lugar especial. De ahí que el rebelde Nat Turner, el esclavo capaz de aunar los deseos latentes de tantos afroamericanos desde su llegada a tierras norteamericanas, pasase a convertirse en símbolo del poder negro y de la liberación social.

Durante la década de 1950, en concreto en 1954, se había puesto fin a la segregación en la educación pública norteamericana, si bien el Sur había contraatacado con una oleada de violencia para demostrar su rechazo hacia las nuevas disposiciones legales integracionistas. En agosto de 1955 Emmett Till, el adolescente de Chicago, fue asesinado en Mississippi. El 1 de diciembre de ese mismo año la modista negra Rosa

Parks fue arrestada por desafiar las leyes segregacionistas en los transportes públicos, originándose el boicot de los autobuses urbanos por parte de la población negra durante un año. En 1957 un tribunal federal ordenó la integración de la Central High School de Little Rock, Arkansas y, ante los disturbios ocasionados por los blancos, el presidente Eisenhower ordenó el envío de tropas federales.

En el clima de la filosofía de la resistencia no violenta defendida por Martin Luther King Jr. los tributos públicos a la figura de Nat Turner fueron escasos. Sin embargo, la importancia del esclavo rebelde se incrementó espectacularmente durante la primera década de los 60 cuando el movimiento por los derechos civiles sufrió una transformación con la adhesión de los estudiantes y activistas más jóvenes y radicales. En febrero de 1960 cuatro estudiantes negros fueron los protagonistas de la primera sentada en la barra de la cafetería de un Woolworth en Greensboro, Carolina del Norte, protesta que se extendió a otros lugares. King organizó acciones en defensa de los derechos civiles y en mayo de 1961 se realizó la primera marcha de la libertad desde Washington D.C. hasta Nueva Orleans. En 1963 el líder organizó en Birmingham, Alabama, una manifestación multitudinaria pro derechos civiles, que acabó con la intervención de la policía que arrestó a más de dos mil afroamericanos, entre ellos al propio King, quien escribió desde la cárcel su famosa *Letter from Birmingham Jail*. En agosto de ese mismo año, más de doscientos mil negros y blancos antisegregacionistas realizaron una marcha en Washington D.C. exigiendo la igualdad inmediata y King pronunció su famosísimo discurso *I Have a Dream*. En noviembre fue asesinado el presidente Kennedy y la ley de derechos civiles quedó en suspenso hasta que se aprobó en 1964 la Civil Rights Act bajo la administración Johnson, que no satisfizo las demandas de la comunidad negra. En el verano de 1964 los disturbios llegaron a los barrios negros de distintas ciudades (New Jersey, Rochester y Nueva York). El que alcanzó más repercusión por sus dimensiones ocurrió en agosto en el ghetto Watts de los Ángeles y dejó patente la situación de deterioro económico de la comunidad negra debido a la opresión racial. Estos disturbios raciales que se propagaron a más de cien ciudades coincidieron con la fundación del partido de los Panteras Negras por parte de Bobby Seale, Huey P. Newton y Eldridge Cleaver, y con la adopción de un nuevo slogan: “Black Power”. Tras el asesinato de Malcom X en Nueva York en 1965, sus “hijos airados”, Stokely Carmichael y H. Rap Brown, se hicieron cargo de la dirección del movimiento. En 1967 King anunció su oposición a la guerra de Vietnam y, junto con los de finales de julio en Newark y Chicago, se produjo el disturbio racial más sangriento de la historia norteamericana en Detroit, que dejó 43 muertos (22 negros y 10 blancos) y millones de dólares en pérdidas. El “We Shall Overcome” había sido sustituido por el “Burn, Baby, Burn”.

Después de aquel verano salpicado de violencia racial de 1967, a principios de octubre apareció *The Confessions of Nat Turner*. La novela de Styron se basaba en un incidente que a finales de aquella década había adquirido ya un valor muy importante entre la comunidad afroamericana. En un momento en el que el país estaba siendo

testigo de una generalizada insurrección negra, la rebelión armada y sangrienta del esclavo Nat Turner contra los esclavistas de Virginia se revestía de un significado más profundo que superaba la mera recreación narrativa de un hecho histórico. El propio Styron manifestó, se ha de recordar, que su trabajo era algo más que una mera novela histórica, puesto que representaba un esfuerzo por “meditar sobre la historia”. De hecho, el proyecto le había estado rondando la imaginación desde hacía más de una década. Styron había ofrecido al público su primera “meditación” sobre la figura de Nat Turner en “This Quiet Dust”, un ensayo autobiográfico —publicado por *Harper’s* en abril de 1965— en el que recogía la visita que había realizado al condado de Southampton, en 1961, para recabar información directa de los lugareños y ver con sus propios ojos el paisaje testigo de la insurrección. Styron explicaba cómo desde la adolescencia se había sentido fascinado por la figura del rebelde y describía su revuelta como un acto nacido de la desesperación y condenado al fracaso con consecuencias fatales tanto para los negros como para los blancos. Aseguraba, además, que Turner, de haber vivido para ver los resultados de su acto, habría experimentado la más cruel de las experiencias, y se sorprendía de que el recuerdo del héroe insurreccionista hubiera desaparecido de la memoria colectiva de la región. La explicación de los orígenes del texto continuaba en la propia novela. En la nota de autor que precedía al texto narrativo de 1967, el escritor manifestaba que, a pesar de que no se había casi alejado de los hechos que se conocían históricamente, se había permitido una cierta libertad en la reconstrucción de los mismos. Sin embargo, garantizaba que la novela se encontraba dentro de los límites de lo que cualquier historia con intención esclarecedora había aportado sobre la institución de la esclavitud.

La novela empieza con una escena en la que Turner ha sido capturado y se encuentra en la cárcel a la espera de que se celebre el juicio. Allí es visitado por Thomas R. Gray, que lee en voz alta lo que ha escrito, según las notas que ha tomado, para redactar el texto de las confesiones del propio esclavo, texto que servirá como prueba en el proceso. Gracias a una serie de flashbacks, Styron hace que el propio esclavo presente al lector su historia personal. Ahora bien, las licencias narrativas que Styron se permite fueron y siguen siendo, para algunos lectores, indicativas de la manera en que el sureño reinterpretó el texto de Gray. Una de las más llamativas se centra en el personaje de Margaret Whitehead. A partir del hecho documentado en la narración de 1831 de que ésta fue la única persona blanca que Turner mató con sus propias manos, Styron imagina la existencia de un deseo sexual obsesivo y frustrado por parte del esclavo hacia la joven. En realidad, Turner tenía mujer e hijos, y no hay pruebas en la documentación que ha subsistido de que sintiese ninguna atracción erótica hacia ninguna mujer blanca. Por otra parte, Styron describe la iniciación sexual del protagonista con otro esclavo, lo que hace de Turner un homosexual retraído, incapaz de purgar los sentimientos encontrados que esta represión le provoca. Otro de los hechos que Styron niega es la estrecha relación de Turner con los otros esclavos, especialmente con su propia familia. El escritor refleja así las ideas propagadas sobre la disfuncionalidad de la familia negra por el famoso informe de 1965 de Daniel P. Moynihan, *The Negro Family: A Case for National Action*. El

sureño ignora que Turner aprendió a leer y a escribir gracias a sus padres y abuela, y hace que sea el amo de la plantación quien le enseñe. Styron también le niega a su personaje la confianza divina que el histórico Turner parece haber depositado en su papel como profeta y revolucionario político. Otro de los elementos cuestionables de la novela es el punto de vista de Styron sobre lo que fue la esclavitud y lo que implicó para los afroamericanos. En 1963, en el *New York Review of Books*, el sureño había escrito una reseña de *American Negro Slave Revolts*, el imprescindible estudio sobre las insurrecciones esclavistas de Herbert Aptheker, el historiador marxista, cuya perspectiva revisionista de la historia anunciaba la posición que la historiografía de postguerra tomaría sobre la esclavitud. Styron reconocía la validez del punto de vista de Aptheker, que echaba por tierra la idea de la docilidad del esclavo, aunque se mostraba en desacuerdo con lo que éste defendía, es decir, que el espíritu de descontento y rebelión fuese característico del esclavo afroamericano, puesto que para el sureño esto no pasaba de ser una mera fantasía del blanco. Por ello, según su opinión, la única revuelta constatada y de proporciones significativas había sido la de Turner. Styron cuestionaba los puntos de vista de Aptheker y se encontraba más próximo a las teorías que Stanley M. Elkins había popularizado por entonces en su *Slavery: A Problem in American Institutional and Intellectual Life* (1959): la de la docilidad del esclavo y la constatación de que la esclavitud había destruido cualquier capacidad de resistencia en el alma del negro. El “sambo” era, pues, el esclavo característico y Turner —tanto para Elkins como para Styron— una excepción, un personaje heroico, único en su solitaria lucha contra el determinismo de la historia, empeñado en demostrar su humanidad. Los comentaristas más sagaces de la controversia —como Albert E. Stone y Scot French, por ejemplo— coinciden en que, de esta manera, Styron fue construyendo una caracterización de Nat Turner como una figura trágica que, en realidad, reflejaba sus dudas y desconcierto de liberal blanco ante la violencia revolucionaria negra de mediados de los 60. Por su parte, los críticos literarios afroamericanos más radicales, como Addison Gayle, Jr., argumentan que Styron escribió una novela que encajaba con los tiempos que corrían. Desde el momento en que el movimiento por los derechos civiles dejó de tener como objetivo la integración y pasó a perseguir el poder negro, desde el momento en que los negros se olvidaron de llevar en la mano la Biblia y cogieron a Frantz Fanon, se hicieron necesarios los libros como *The Confessions of Nat Turner*, que explicaban y sentaban cátedra sobre lo que en realidad era la revolución negra y sus revolucionarios.

De hecho, ante la situación racial que se vivía en el país, la publicación de una novela histórica sobre un tema tan polémico como la rebelión de los esclavos despertó ineludiblemente el interés de todos los medios de comunicación del país y los periódicos más influyentes se dirigieron a Styron en busca de una opinión autorizada sobre lo que estaba ocurriendo. El escritor, muy dado a las entrevistas, ofreció sin tapujos su opinión de que urgía que la Norteamérica blanca entendiera mejor a los negros a través del estudio de la historia negra y de que su propio libro era el lugar propicio por donde empezar. A pesar de que consideraba que la rebelión de Turner no funcionaba como metáfora de la militancia negra de finales de los 60, puesto que los esclavos entonces no

habían tenido poder y ahora sí que tenían un poder y una conciencia política, los medios de comunicación leyeron la novela como una interpretación de lo que era la situación racial presente en el país. Críticos tan reputados como Alfred Kazin, en el *Washington Post Book World*, argumentaron en esta línea. Asimismo las revistas *Life*, *Time* y *Newsweek* fueron algunas de las que subrayaron con sus titulares y artículos la analogía. Las palabras del propio Styron en esta última, en el número del 16 de octubre (1967), aclaraban su posición ante la retórica incendiaria de los simpatizantes del Black Power: “Lo último que querría hacer es sacralizar la figura del negro rebelde que se rebela contra la sociedad de hoy en día”.

La transformación de *The Confessions of Nat Turner* en un best-seller fue fulminante al igual que su conversión en centro de la polémica. A los seis meses apareció la edición de bolsillo que ya lucía el marchamo de “Novela ganadora del premio Pulitzer” de 1968. La operación de marketing —perfectamente orquestada a través de anuncios, reseñas, entrevistas con el autor, publicación de capítulos sueltos, etc.— sirvió para catapultar la obra e incrementar las ventas hasta cifras astronómicas. La primera oleada de críticas subrayó los paralelismos que había entre la rebelión de esclavos de 1831 y los disturbios raciales de 1967. Entre los que pensaban de esta manera destacaba toda una serie de historiadores y críticos literarios consagrados, que elogiaron a Styron por haber descrito con detalle e inusitada certeza los horrores y las degradaciones de la esclavitud y la herencia que había perdurado en el odio y la violencia raciales del momento. Desde las páginas de *Newsweek* pasando por las de los periódicos de Boston, Charleston y otras partes del país, Styron fue felicitado por la valentía de que hacía gala al intentar relatar en una narración en primera persona la historia de un personaje histórico negro tan importante. Historiadores blancos liberales, consagrados como primeras figuras en su materia, proclamaron a los cuatro vientos la validez de la interpretación que Styron había realizado de la historia negra, que al fin y al cabo, era la historia nacional.

Al lector avezado en estos temas no pueden dejar de turbarle los comentarios de historiadores de la talla de C. Van Woodward o Eugene D. Genovese, por citar dos de los nombres más célebres. Woodward, el estudioso puntero en la historia del Sur, declaró, en su reseña en *New Republic*, que la obra era el tratamiento novelístico más profundo que había tenido la esclavitud en la literatura norteamericana y que el retrato que Styron había esbozado de Nat Turner no se contraponía a lo que los historiadores conocían. Genovese —autor de estudios decisivos como *The Political Economy of Slavery* (1965), *The World the Slaveholders Made* (1969) o *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made* (1972)— respondió a las críticas lanzadas por intelectuales afroamericanos, diciendo que no existían pruebas de que se hubiera mantenida viva entre los negros la leyenda de Nat Turner ni de ningún otro insurreccionista esclavo, que la novela reflejaba correctamente la historia tal y como había sido, y que la caracterización del protagonista se correspondía a la de los revolucionarios de cualquier estado colonial.

Y es que emitir una opinión sobre la novela de Styron se convirtió en sinónimo de realizar una declaración política sobre la situación de la Norteamérica del momento, en la que el comentarista ponía en juego muchas cosas, entre ellas su propia posición dentro de esa sociedad. De ahí que, por una parte, se pueda comprender la aceptación, si bien lacónica, pero aceptación al fin y al cabo, de investigadores afroamericanos también consagrados como John Hope Franklin y J. Saunders Redding, entre otros. Franklin — autor del fundamental estudio *From Slavery to Freedom: A History of Negro Americans* (1947)— elogió la obra por su honda comprensión de la institución esclavista y el cuestionamiento que hacía de los prejuicios sobre la personalidad del negro. Redding, que había ayudado a Styron a localizar algunas fuentes sobre el tema a principios de los 50, consideró que la novela era todo un logro a la hora de destruir los mitos sobre la esclavitud y los esclavos norteamericanos. Dentro de la *black intelligentsia*, hay que mencionar asimismo la posición de Ralph Ellison —cuyos comentarios dejaban traslucir una profunda ambigüedad con respecto a la novela— y, sobre todo, la de James Baldwin, comprensible si se tiene en cuenta la relación personal que los unía. Styron y Baldwin se habían conocido en una cena en Manhattan organizada por el mítico George Plimpton, el creador de *The Paris Review* en París, en 1953. A principios de 1961, Robert Silvers, que pronto se convertiría en el director de *The New York Review of Books*, se enteró de que Baldwin atravesaba un mal momento económico y de que necesitaba una residencia en el que poder escribir, y se le ocurrió que los Styron podrían acogerlo en su hogar de Connecticut, puesto que tenían una pequeña casa para invitados. Baldwin se hospedó con ellos desde principios de febrero hasta julio de ese año y, por lo que parece, la estancia fue muy agradable para ambas partes. Según David Leeming, el biógrafo de Baldwin, en las comidas y cenas, Styron y Baldwin solían enfrascarse en discusiones literarias sobre las obras respectivas que estaban escribiendo. Baldwin le leía al amigo páginas de su *Another Country* y Styron de *The Confessions of Nat Turner*. Baldwin respetaba lo que Styron estaba intentando hacer, puesto que de alguna manera él mismo había también tratado de penetrar en la mente y en la historia de alguien diferente a su raza en *Giovanni's Room*. En 1967, cuando se publicó el libro de Styron, Baldwin estaba en Cannes, donde dividió el tiempo que tenía a su disposición entre un texto sobre W. E. B. Du Bois, que nunca acabó, un artículo titulado “A Praying Time” sobre *The Confessions of Nat Turner*, que jamás vio la luz, y el comienzo de una obra sobre Malcom X.

Si Ellison y Baldwin parece que se mantuvieron al margen de la polémica y no llegaron a terciar directamente en ella, no ocurrió lo mismo con otros afroamericanos. En realidad, la verdadera reacción negra no se hizo esperar y empezó a aparecer a finales de noviembre y principios de diciembre de 1967, después de que la novela recibiera el espaldarazo de la crítica nacional. Un sector de críticos afroamericanos lamentó las carencias de Styron como escritor y su falta de sensibilidad ante el tema que había abordado. Otros cuestionaron la legitimidad de la prensa blanca para juzgar la corrección o incorrección de la interpretación que el sureño hacía de la historia negra. Otros, invocando los principios del Black Power, acusaron al sureño de difamar no sólo

la memoria del heroico esclavo, sino también la de la raza y de distorsionar la historia. Le acusaron de que, con la ayuda de los medios de comunicación controlados por el poder blanco, había perpetuado la imagen racista y estereotipada del negro, con lo que se seguía despreciando e ignorando la existencia de otra historia surgida desde la tradición afroamericana. Fueron innumerables los críticos, intelectuales, escritores, activistas afroamericanos que se fueron uniendo a este coro de protestas contra *The Confessions of Nat Turner*. June Jordan (en aquel momento June Meyers), una de las escritoras negras que se convertiría en una de las más prolíficas a partir de 1968, se lamentaba en *Nation* de que lo que denominaba el “fenómeno Nat Turner *alias* William Styron” se hubiera convertido para los medios de comunicación blancos en el portavoz de la comunidad negra. Jordan acusaba a estos medios de negarle al afroamericano la posibilidad de expresarse utilizando su propia voz y reclamaba el derecho a que los negros, desde su perspectiva de afroamericanos, expusiesen su perspectiva de la historia. El novelista y ensayista Albert Murray también manifestaba su consternación ante un Nat Turner incuestionable para los blancos, pero totalmente problemático para cualquier negro. La entonces jovencísima Alice Walker (en *American Scholar*, verano de 1968) manifestaba que *The Confessions of Nat Turner* obedecía al cliché tradicional y típico del sureño blanco; que, en comparación con las confesiones de Turner a Gray, la obra de Styron se leía como un cuento fantástico; y acababa diciendo, con socarronería, que, si dentro de cien años alguien escribía sobre Malcolm X o Stokely Carmichael, sería interesante conocer qué tipo de represión sexual padecieron en la adolescencia que les llevó a convertirse en figuras revolucionarias.

El tono de la respuesta negra no se detuvo aquí, sino que se fue intensificando con el paso de los meses. Hacia febrero de 1968 la reacción de este sector había alcanzado ya tal calibre que la prensa nacional empezó a hacerse eco de la misma. Cuando en mayo la novela recibió el Premio Pulitzer, el *New York Amsterdam News*, el periódico negro de tirada más importante de la costa Este, respondió de la mano de Gertrude Wilson, una columnista blanca que, en un principio, había elogiado los esfuerzos literarios de Styron. En “I Spit on the Pulitzer Prize!”, Wilson criticaba al jurado por haber concedido la distinción a un sureño blanco que había convertido a un revolucionario negro en un despreciable “nigger”, y que había ignorado las acusaciones que la comunidad negra había lanzado contra el libro por su falta de honestidad histórica y por la ridícula y estereotipada imagen del protagonista. Ahora bien, la embestida negra más contundente contra Styron y las instituciones culturales blancas que lo habían arropado llegó en la primavera de 1968 con la publicación del volumen preparado por John H. Clarke, *William Styron's Nat Turner: Ten Black Writers Respond*. Los participantes en esta colección de ensayos no eran tan conocidos como aquellos afroamericanos de la talla y reputación de James Baldwin, John Hope Franklin y J. Saunders Redding, pero, a pesar de que desde el principio y en las publicaciones de autores blancos posteriores siempre se les haya considerado de una manera despectiva, estos diez afroamericanos pertenecían a una joven generación, más militante, más radical, más “airada” y, por lo tanto, con menos pelos en la lengua que la de aquellos otros mejor asentados dentro del

sistema. Entre estos intelectuales, muestra de lo que eran las nuevas filas de la *intelligentsia* negra del momento, había novelistas, periodistas, editores, bibliotecarios, críticos literarios, historiadores, e incluso un psiquiatra y un analista político. Así, por ejemplo, John Henrik Clarke, el editor, estaba relacionado con *Freedomways: A Quarterly Review of the Negro Freedom*, una publicación fundada en 1960 de la que era director asociado, y que en aquel momento se había convertido en un poderoso órgano de la crítica política y cultural de la izquierda negra. Su rabioso cuestionamiento no sólo de la novela sino de la visión que Styron exhibía de lo que era la historia y del uso legítimo de esa historia llevó a que gran parte de los lectores y críticos blancos a tildarlos de ideólogos extremistas del Black Power, portavoces de las consignas de Stokely Carmichael, Rap Brown y Eldridge Cleaver.

William Styron's Nat Turner: Ten Black Writers Respond es el texto negro que más lapidariamente replica a *The Confessions of Nat Turner*. El volumen, publicado por la Beacon Press de Boston, obtuvo un eco nacional inmediato como demuestra el hecho de que hacia 1972 se hubiera reeditado ya siete veces. En realidad es una especie de manifiesto negro, en el que los autores dan expresión a las ideas políticas y a los valores culturales que desencadenó la reutilización blanca de Nat Turner a finales de los 60. A pesar de las diferencias existentes entre los diez colaboradores, todos ellos mostraban su unanimidad ante una serie de puntos. En primer lugar, acusaban a Styron de haber escrito, consciente o inconscientemente, una obra con un tono y un contenido que degradaba y minimizaba la masculinidad de la figura de Nat Turner, al tiempo que llevaba a dudar de la legitimidad moral de la revuelta que inició. En segundo lugar, la novela era una interpretación falsa de la historia en general y del folklóre y cultura afroamericanos en particular, puesto que no cuestionaba, sino que se inspiraba principalmente en las imágenes, mitos y estereotipos de los negros creados y perpetuados por la cultura blanca. Y, por último, el éxito tanto entre los especialistas, como entre los lectores en general, demostraba la existencia de dos mundos antagónicos y separados en la sociedad norteamericana del momento. En una palabra, Styron había sustituido al Nat, libertador de su gente y héroe de la opresión antiesclavista, por un individuo solitario, obsesionado y perseguido por unos demonios blancos que acabarían convirtiéndolo en un mero guiñapo. Estos críticos, además, no se detuvieron ante las críticas de índole política o cultural y profundizaron en cuestiones literarias propiamente dichas. Los problemas de *The Confessions of Nat Turner* también se debían al estilo irónicamente pulido que utiliza el personaje para narrar su vida, un estilo descrito por uno de los autores, Mike Thelwell, en "Back with the Wind: Mr. Styron and the Reverend Turner", como "una prosa estéril y plomiza a la que ni tan siquiera las transfusiones a chorro de la retórica del Antiguo Testamento logran revitalizar, una extraña fusión de latinajos al estilo clásico y una especie de cursilería episcopaliana de Nueva Inglaterra". La validez del lenguaje que Styron pone en boca de Turner pasaba así a ser uno de los focos principales de este cuestionamiento literario.

Un mes después de su aparición y convertida la novela en una éxito de ventas, concretamente en noviembre de 1967, el *New York Times* informó que Styron había

cedido los derechos de la novela para su adaptación al cine por más de medio millón de dólares, más el porcentaje correspondiente de los beneficios de distribución. Tres meses más tarde, la Twentieth-Century Fox anunció que ya había concluido las negociaciones con David L. Wolper y Norman Jewison para financiar y distribuir el film. Sin embargo, pronto se dejaron oír las protestas, en especial de los activistas negros de la costa Oeste. La responsable de la organización de esta campaña fue la escritora afroamericana Louise Meriwether, con gran experiencia en la organización de actos de protesta y de reivindicación. Meriwether junto con el actor Vantile Whitfield organizaron un grupo llamado Black Anti-Defamation Association (BADA) y comenzaron a recabar apoyo entre los artistas e intelectuales negros. El actor Ossie Davis, el poeta, dramaturgo y militante LeRoi Jones (Amiri Baraka, más tarde), los representantes políticos del Black Power (Stokely Carmichael y Rap Brown) y el excongresista por Harlem Adam Clayton Powerll, entre otros muchos, apoyaron la nueva causa. Ossie Davis fue el portavoz más destacado y en un panel sobre el tema, en el que también participaba Styron, moderado por James Baldwin, afirmó que la película, basada en el personaje tal y como lo describía el autor, sería causante no sólo de malestar sino de disturbios raciales. Meriwether llegó incluso a pedir el respaldo de Martin Luther King, quien le aseguró que se lo leería. Cuando fue asesinado, en abril de 1968, King tenía una copia del libro. Después de esa fecha fatídica, la BADA pidió a los actores negros que boicotearan la película. Ante la situación y con el objetivo de calmar los ánimos, Wolper y Jewison intentaron contratar a un guionista negro, en concreto a James Baldwin; pero tras rechazar éste la oferta, hablaron con Louis Peterson, que ya había escrito una adaptación para la pantalla de *Set This House on Fire*, la novela anterior de Styron. Sin embargo, las amenazas de boicot continuaron. Por otra parte, durante el verano de 1969, cuando se empezaron a buscar los exteriores para rodar en Southampton County, también los productores se encontraron con la hostilidad de los lugareños blancos, quienes, de la misma forma que los afroamericanos, también culpaban a Styron de distorsionar su historia. Tras una dilatada espera y cuando parecía que los problemas se habían finalmente resuelto, la Twentieth Century Fox anunció que se veía obligada a cancelar varios proyectos, entre ellos el de *The Confessions of Nat Turner*, por falta de capital. Styron, sin embargo, siempre afirmó y seguiría afirmando de manera interesada que fueron las protestas de los negros las que obligaron a retirar la película. A mediados de los 70 la situación se había transformado de tal manera que lo que triunfaría en el medio de comunicación de masas por excelencia, la televisión, sería la serie de *Roots*, basada en la homónima novela de Alex Haley (1976).

En 1971 Seymour L. Gross y Eileen Bender publicaron un importante estudio exculpatorio de Styron: “History, Politics and Literature: The Myth of Nat Turner”. Explicaban en él que los argumentos de los “críticos acusadores” —en referencia a los autores de *William Styron’s Nat Turner: Ten Black Writers Respond*, que censuraban la distorsión que Styron había llevado a cabo de los hechos de la historia— no encontraban corroboración en la historia propiamente dicha de esos hechos. El objetivo de estos dos estudiosos era liberar la novela del sureño de las cadenas de la crítica propagandística,

por lo que ninguno de sus censores podía atacar su “meditación sobre la historia” desde ningún punto de vista histórico objetivo. En 1992 Styron, en un ensayo titulado “Nat Turner Revisited” (*American Heritage*, octubre), que retomaba muchos de los elementos ya expuestos en “This Quiet Dust”, recordaba el juicio sumarísimo al que le sometieron estos diez “inquisidores” a los que no se les escapó prácticamente nada, puesto que, según el sureño, incluso los aspectos más inocuos y tangenciales de la novela fueron sometidos a escrutinio. Styron aseguraba que, afortunadamente, la potente defensa de Eugene Genovese y la muy bien orquestada de Gross y Bender le habían absuelto de la pena de muerte, puesto que se enfrentaron con valentía a las acusaciones de los diez escritores negros y con energía fueron derribando uno a uno sus argumentos.

Es posible que así fuese, o al menos para Styron resultaba consolador pensarlo así. Sin embargo, el tiempo sería el único juez capaz de decretar absolución o condena. Y, hoy por hoy, los caminos trazados en la literatura norteamericana llevan quizá a otros destinos que no son precisamente los del condado de Southampton de Styron. En 1968 parecía que la historia “real” de Nat Turner y de la gente negra estaba aún por escribir. Al cabo de muy poco tiempo, no sólo los afroamericanos, hombres y mujeres, empezarían a recrear la experiencia del esclavo de maneras insólitas y originales, sino que también recuperarían las historias “reales” hasta el momento perdidas o ignoradas. Paradójicamente, *The Confessions of Nat Turner* sería el catalizador de una de estas notables reescrituras. Casi veinte años después, en 1986, la escritora afroamericana Sherley Anne Williams publicó su novela *Dessa Rosse*. Indignada, como señala en la presentación de la obra, por el fervor con que la crítica aclamó “una cierta novela de principios de los setenta [sic], que travistió el recuerdo de Nat Turner, que había ido pasando de una generación a otra”, Williams releyó críticamente la polémica novela de Styron e reimaginó la lucha antiesclavista y la rebelión negra en términos de mujer. *Dessa Rose* es, ante todo, la réplica feminista afroamericana a la novela de Styron.

The Confessions of Nat Turner es, pues, un libro importante y un documento cultural de primer orden, no tanto por recrear la experiencia del afroamericano en esclavitud, sino, como declaraba Mike Thelwell ya en 1968, por la forma en que demuestra con qué tenacidad seguían persistiendo los mitos blancos sureños, los estereotipos raciales y los clichés literarios incluso en las mentes más brillantes y mejor intencionadas. El tiempo inmisericorde ha convertido ya a William Styron en aquello que Emily Dickinson llamó “polvo silencioso”. Pero, como siempre ocurre con los escritores, nos quedan sus palabras, a las que afortunadamente también siempre podemos volver en busca de una voz reconfortante..., o tal vez de un balsámico consuelo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bell, Bernard W. *The Afro-American Novel and Its Tradition*. Amherst: The University of Massachusetts Press, 1987.
- Clark, J. H., ed. *William Styron's Nat Turner: Ten Black Writers Respond*. Boston: Beacon Press, 1968.
- Davis, Mary Kemp. *Nat Turner Before the Bar of Judgment: Fictional Treatments of the Southampton Slave Insurrection*. Baton Rouge: Louisiana State UP, 1999.
- French, Scot. *The Rebellious Slave: Nat Turner in American Memory*. Boston, New York: Houghton Mifflin Company, 2004.
- Galloway, David D. Preface to the Revised Edition. *The Absurd Hero in American Fiction: Updike, Styron, Bellow, Salinger*. Austin, Texas: U of Texas P, 1970. xiii-xxi.
- Gayle, Addison, Jr. *The Way of the New World: The Black Novel in America*. Garden City, New York: Anchor Press/Doubleday, 1975.
- Gross, Seymour L. and Eileen Bender. "History, Politics and Literature: The Myth of Nat Turner". *American Quarterly* 23 (October 1971): 487-518.
- Jacobs, Harriet A. *Peripeccias en la vida de una joven esclava escritas por ella misma*. Junto con "Un relato de verdadero de esclavitud" de John S. Jacobs. Trad. y estudio crítico de Carme Manuel. Castellón: Ellago Ediciones, 2005.
- Kammen, Michael. *Mystic Chords of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture*. New York: Random House, 1991.
- Leeming, David. *James Baldwin: A Biography*. New York: Henry Holt and Company, 1994.
- Shapiro, Herbert. "The Confessions of Nat Turner: William Styron and His Critics". *Negro American Literature Forum* 9 (Winter 1975): 99-104.
- Stone, Albert E. *The Return of Nat Turner: History, Literature, and Cultural Politics in Sixties America*. Athens & London: The University of Georgia Press, 1992.
- Styron, William. *The Confessions of Nat Turner*. New York: Random House, 1967.
- Williams, Sherley Anne. *Dessa Rose*. New York: William Morrow & Co., Inc., 1986.

News

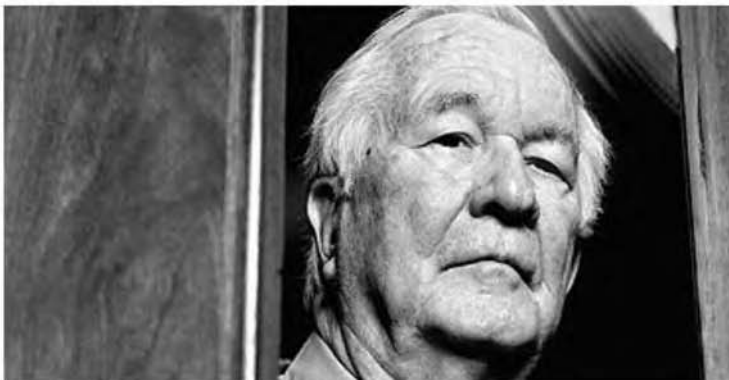
William Styron dies

Author of *Sophie's Choice* succumbs to pneumonia

Associated Press

Thursday November 2, 2006

[Guardian Unlimited](#)



William Styron. Photograph: Eamonn McCabe/Guardian

The Pulitzer prize-winning novelist William Styron, author of *The Confessions of Nat Turner* and *Sophie's Choice*, has died. He was 81.

Styron's daughter, Alexandra, said the author died of pneumonia at Martha's Vineyard Hospital in Massachusetts, on Wednesday. Styron, who had homes in Martha's Vineyard and Connecticut, has been in failing health for a long time.

Styron was a Virginia native, whose fascinations with race, class and personal guilt led to such tormented narratives as *Lie Down in Darkness* and *The Confessions of Nat Turner*, which won the Pulitzer Prize despite protests that the book was racist and inaccurate.

Among his other works were *Sophie's Choice*, his award-winning novel about a Holocaust survivor from Poland, which was later turned into an acclaimed film starring an Oscar-winning Meryl Streep, and *A Tidewater Morning*, a collection of fiction pieces. He also published a book of essays, *This Quiet Dust*, and a bestselling memoir, *Darkness Visible*, in which he recalled nearly taking his own life.

A lifelong liberal, Styron was involved in many public causes, from supporting a Connecticut teacher suspended for refusing to say the oath of allegiance, to advocating human rights for Jews in the Soviet Union. In the 90s, he was one of a group of authors and historians who successfully opposed plans for a Disney theme park near the Manassas National Battlefield in northern Virginia.

Styron found writing an increasing struggle in his latter years. He was reportedly working on a military novel, yet published no full-length work of fiction after *Sophie's Choice*, which came out in 1979. He remained well-connected, however, socialising with President Clinton in Martha's Vineyard, and joining Arthur Miller and Gabriel Garcia Marquez on a delegation that met with Cuban leader Fidel Castro in 2000.

<http://www.books.guardian.co.uk/news/articles/0,,1937554,00.html>